

CARTA A UN MARCIANO¹

Emilio A. Coni

¿Qué pasa en la Tierra? Tal es la pregunta que los marcianos se plantean ante los rumores extraños que de nuestro planeta les llegan. Sus poderosos telescopios no les han revelado nada nuevo. Salvo un griterío desacostumbrado, no se observa nada anormal. Ninguna catástrofe sísmica ha convulsionado la superficie del globo; el Sol sigue brillando como siempre y transmitiendo su fuerza cósmica a la vida terrestre; ninguna epidemia ha diezimado la población; los hombres no parecen menos inteligentes que antes; al contrario, cada día su dominio sobre las fuerzas naturales se acentúa más. ¿Qué pasa en la Tierra?

Del griterío, los marcianos han podido percibir claramente sólo algunas palabras aisladas, cubiertas a medias por el rumor de las multitudes: miseria, desocupación, así como otras palabras completamente desconocidas para ellos como salario mínimo..., sábado inglés..., economía dirigida..., fiscalización de cambios..., cuotas...

Con el propósito de satisfacer la curiosidad de mis amigos marcianos voy a explicarles, en mi carácter de testigo presencial, lo que pasa en la Tierra.

Existen en el planeta unos hombres a quienes llamamos “políticos” y a los cuales confiamos el gobierno alternativamente, pero siempre dándoles a todos el poder de hacer con nosotros lo que a ellos se les antoje. De un tiempo a esta parte, las cosas no andaban del todo bien, y entonces unos políticos, más inteligentes que los otros, inventaron un sistema que dicen ser novísimo, el que llamaron “economía dirigida”, y que, según ellos, debe en poco tiempo traer la felicidad de todos.

¿Qué es eso de economía dirigida? Pues muy sencillo: consiste en que el Estado, o mejor dicho, los políticos, fiscalicen, reglamenten, impongan normas obligatorias para todas las relaciones económicas entre los hombres, desde las más grandes hasta las más nimias. Para que los marcianos comprendan mejor, voy a ponerles algunos ejemplos de economía dirigida, nacionales e internacionales.

¹ Tomado del libro *El Estado contra la Nación* (Espasa Calpe S.A.,1933). El autor fue profesor de Economía en la Universidad de Buenos Aires.

Si en algún país el trigo vale muy poco, porque está en exceso de las necesidades, entonces el Gobierno lo compra, pongamos a 5 pesos, lo almacena durante un año o dos y después lo vende a 3 pesos. Como se ve, el procedimiento no puede ser más simple y práctico, por más que los agricultores -eternos descontentos- dicen que después de la aplicación del sistema se encuentran peor que antes.

En otros países falta trabajo, por ejemplo, porque unos seres odiosos que se llaman “capitalistas” se niegan a trabajar a pérdida en beneficio de la Humanidad. Entonces, ¿qué hace el Gobierno? Pues fija salarios mínimos, obliga a holgar los sábados después de las trece horas, impone el cierre de los negocios a las veinte, etc. Pero ¿cómo? -dirá mi amigo el marciano- ¿Si falta trabajo, cómo es que se ponen trabas a quienes lo proporcionan? Ahí, precisamente, está el secreto de la fórmula; parece que eso de comprender la paradoja no está sino al alcance de la mentalidad superior de los políticos. Es verdad que con ese sistema el número de desocupados aumenta todos los días, pero evidentemente el procedimiento debe ser de resultados lentos, es un remedio a plazos, y no hay la menor duda que el resultado final lo vamos a ver bien pronto.

En otras naciones, el Estado dice que nosotros, individuos, somos unos inservibles, incapaces de dirigir nuestra propia economía, y entonces ha inventado unos organismos, que se llaman “monopolios” donde se suprime la ganancia odiosa del capitalista. A veces los gastos de estos monopolios superan en mucho las ganancias de los ex capitalistas; pero ¿eso qué importa si es en beneficio de la colectividad? Se fundan monopolios de la nafta, frigoríficos, cemento portland, cereales, etc., y el Estado se encarga de todo para abaratar los consumos. También debe ser éste un procedimiento a plazos, pues hasta ahora no se han visto las rebajas, pero seguramente no han de tardar en producirse. Algunos malintencionados, que nunca están conformes con lo que hace el Estado, dicen que el procedimiento es más viejo que el andar a pie, pues ya en tiempo de los Ptolomeos (300 años antes de J. C.) existían los monopolios de la sal, vino, aceites y otros.

Tenemos entre nosotros unos parásitos que se llaman “intermediarios”, a los cuales hemos declarado una guerra sin cuartel, por más que traten de engatusarnos trayéndonos todos los días a la puerta de nuestra casa la leche, el pan, la carne y otras cosas. Y para engañarnos mejor nos ofrecen facilidades de pago. Cuando, por simple olvido, no les pagamos sus facturas durante un mes o dos, o tres, se hacen los generosos y nos esperan el tiempo necesario hasta... que nos mudamos a otro barrio, en cuyo caso todavía nos están esperando. Como se comprenderá, todo esto no es sino pura hipocresía de parte de estos intermediarios.

El Estado, pues, velando por nosotros, pobrecitos seres indefensos entre manos de los capitalistas, intermediarios, etc., tiene el firme propósito de eliminarlos. Propósito que manifiesta a cada instante en declaraciones públicas, cada vez más enérgicas y promisorias. Por otra parte, el Estado se preocupa mucho de los precios. Mínimos, para ayudar a los productores; máximos, para favorecer a los consumidores. A pesar de

algunos ligeros inconvenientes, no hay la menor duda de que el Estado va a poner de acuerdo a productores y consumidores, sobre todo si apela al argumento máximo, aquel que hasta ahora ha resultado verdaderamente mágico cada vez que se ha hecho uso de él: la solidaridad humana.

Las subsistencias tienen la atención preferente del Estado. Por ejemplo, se ha observado que una res que no vale más de 70 pesos en el matadero, se detalla a más de 200 en las carnicerías. Claro, los intermediarios se tragan la diferencia y pretenden hacernos creer que son los impuestos, salarios, alquileres, etc., que les insumen la diferencia y que ellos ganan cada día menos. Nos quieren también hacer creer que el público es muy delicado y sólo acepta las partes superiores del animal, y que las inferiores deben perderse o ir a las graserías. Pero como en la “economía dirigida” no hay nada que resista a su poder, un distinguido político ha tenido una idea genial: va a presentar un proyecto de ley por el cual desde ahora en adelante todas las vacas deberán tener ocho lomos en vez de dos, como hasta el presente.

Un gran país, el mismo que hizo aquella famosa revolución por la libertad, ha descubierto que en la Europa Central existían 60 millones de agricultores que vivían todavía en la Edad Media y que bastaba aumentar su capacidad adquisitiva para salvar de la ruina a las manufacturas de la Europa occidental. Y se ha puesto a la obra de ayudarlos, prestándoles dinero, revalorizando sus cereales, etc. Y para favorecer a aquellos ha cerrado la puerta a nuestros cereales y carnes.

Esto, en verdad, nos ha molestado un poco, pues nosotros los argentinos gastábamos mucho dinero en la gran capital de ese país cuando íbamos allí de paseo. Y claro, como ya no nos compraban nuestros productos, nuestros compatriotas tuvieron que volverse a la patria y dejaron de gastar en hoteles, modistos y playas. Las malas lenguas dicen que hubiera sido más sencillo revalorizar nuestros cereales en vez de los balcánicos, pues así seguiríamos gastando esa plata allí, tanto más que hasta ahora los hoteles de Lutetia no han visto a los pasajeros balcánicos ni los modistas tampoco, y las playas menos.

Otras personas malevolentes dicen que esa política balcánica responde al deseo de aislar a otra potencia mediterránea; pero no debe ser verdad eso, pues los políticos de aquel país figuran en primera fila por su sabiduría y son descendientes de los que proclamaron la libertad de comercio hace más de un siglo.

En otro país, más extenso que toda la Europa, se ha perfeccionado al máximo la economía dirigida, y según se dice aquello es el paraíso terrenal. Y esto debe ser así no más, pues para que no les roben el secreto de la felicidad, ese país se ha aislado completamente del resto del mundo y no deja entrar ni salir a nadie. Esto excede un poco los límites de la precaución, pues para que no les sustraigan la receta, el Gobierno de esa nación toma medidas excesivas con algunos de sus habitantes, que aburridos de tanto

bienestar pretenden cruzar la frontera. Los disuade de sus propósitos por medio de unos aparatos automáticos que arrojan 300 argumentos por minuto.

Aquí, en la Argentina, nosotros también vamos entrando en el sistema de la economía dirigida. Por ejemplo, los salarios ya no se van a pagar por el rendimiento del trabajo, vetusto procedimiento de la economía capitalista, sino en razón de las necesidades individuales. Vamos a nombrar unos cuantos funcionarios que tasarán el trabajo de cada uno en relación a sus necesidades. Si, por ejemplo, Pérez necesita chocolate con tostadas en vez del prosaico “completo”, un funcionario le fijará un salario que le permita pagarlo. Y si Rodríguez, que solicita igual franquicia, no tiene derecho a ella, según los inspectores oficiales, tendrá que conformarse con su suerte. El sistema no puede ser de más sencilla aplicación, por más que deberemos nombrar unos superfuncionarios para que fijen a su vez el salario de los subfuncionarios. De todos modos esto no hará sino apresurar nuestra llegada al puerto de la felicidad, pues en la economía dirigida genuina todo debemos ser funcionarios del Estado.

Todo anda muy bien aquí, ya que todo el mundo entiende perfectamente lo que los políticos quieren con su economía dirigida, con excepción de unos seres antipáticos que se dicen economistas, y que por medio de la Historia, que denominan “la experiencia del pasado”, de unos números puestos en fila que llaman “estadística”, así como de una ciencia que dicen ser “psicología”, pretenden hacernos creer que los políticos nos engañan. Nos vienen con el cuento de que la economía política es “la ciencia de la libertad” y de que con el sistema actual, que data de 1789, la Humanidad ha progresado más en un siglo que en los veinte anteriores. Felizmente, nadie les hace caso a los economistas, y las vibrantes clarinadas de las reivindicaciones sociales nos anuncian la esplendorosa aurora de una Humanidad regida, no por el vil espíritu del lucro personal, sino por la solidaridad de todos los hombres trabajando con entusiasmo centuplicado por amor al prójimo.

Queda, pues, satisfecha la legítima curiosidad de mi amigo el marciano. Aquí, en la Tierra, no pasa nada. Todo va bien. Son los políticos que están dirigiendo la economía.